

«its deconstructive parody, its subversion of Catholic religious symbolism, its (satirical) thematic of onanism, its phallic preoccupations (...)» (p.167).

Poco más podemos añadir ya, salvo que se trata de una excelente obra que viene a sumarse a la cada día más amplia bibliografía sobre la literatura Neo-Latina, un campo muchas veces menospreciado que, afortunadamente, se está revelando como una fuente casi inagotable de recursos literarios.

JOSÉ MANUEL RUIZ VILA

Respuesta a la reseña de Juan Francisco ALCINA a Salvador NÚÑEZ, *Retórica a Herenio*, Introducción, traducción y notas, Madrid, Gredos 1997, publicada en el número 14 de esta revista, pp. 323-325

Sr. Director: En el vol. 14, 1998, págs. 323-325, de la Revista que Vd. dirige el Sr. Alcina, quien en 1991 había editado el libro [*Cicerón*], *Retórica a Herenio. Introducción, texto y traducción* (Barcelona, Bosch), ha publicado una reseña, que considero ofensiva para mí, sobre la traducción que de la misma obra he publicado en la editorial Gredos (Madrid 1997). A pesar de que en un primer momento mi intención fue pasar por alto dicha reseña, las consecuencias que ha tenido para mí en el ámbito académico me obligan a exponer los siguientes puntos:

Es rigurosamente falso que yo haya «saqueado» el prólogo de la obra del Sr. Alcina «como si de un bien mostrenco se tratara», principal y fundamentalmente porque nada hay en dicho prólogo que el Sr. Alcina pueda atribuirse en propiedad. De hecho puedo asegurarle que su *Introducción*, formada por unos confusos *disiecta membra* tomados de aquí y de allá, incluye tal cúmulo de errores y disparates que sólo puede inducir al error, como fue mi caso, a cualquiera que pretenda usarla como fuente de conocimiento. Para intentar demostrar el plagio del que me acusa, el Sr. Alcina reproduce un texto de su *Introducción* junto con uno de la mía, groseramente manipulado, texto que, salvo error por mi parte, ambos hemos tomado de las págs. 48-50 del libro de Ch. Faulhaber *Latin Rhetorical Theory in Thirteenth and Fourteenth Century Castile*, Berkeley-Los Angeles 1972 (y no de las 128-129 como él dice en su n. 46), como puede comprobar cualquiera que se tome la molestia de consultar dicho libro. Es cierto que algunos datos que aparecen en mi introducción proceden de la suya. Pero si no me equivoco ni dichos datos son de su propiedad ni mucho menos son el resultado de las investigaciones personales del Sr. Alcina, quien, como tantos otros,

se limitó a tomarlos de otros autores, especialistas en retórica medieval, en una práctica que, al menos hasta ahora, siempre se había considerado legítima y aceptada en el ámbito científico. En ningún momento he tomado nada, ni de él ni de nadie, que no fuera doctrina común o datos empíricos al alcance de cualquiera y cuando menciono alguna teoría o tesis exclusiva siempre lo hago con reconocimiento explícito del autor de la misma. Ignoro las razones por las que el Sr. Alcina se ha sentido tan indignado con mi edición pero tal vez al curioso lector le interese comparar las págs. 31-45 de su *Introducción* (que constituyen exactamente la cuarta parte de la misma) con las págs. 54-74 de la *Introduzione* de la edición de G. Calboli (Bolonia 1969), de donde las toma Alcina *verbatim* sin indicar su procedencia. Por eso resulta más sorprendente aún que me reproche algo que él mismo reconoce haber hecho en su edición escolar de la *Poesía* de Fray Luis de León (Madrid, Cátedra 1994⁶, pág. 54), un proceder que por otra parte han practicado cuantos editan y comentan textos clásicos pero que al parecer en mi caso resulta inaceptable. A este respecto, le recordaría al Sr. Alcina las palabras de E. R. Dodds en su prefacio a la edición de las *Bacantes* de Eurípides (Oxford, 1960², p. VII) cuando señala: «Like all editors, I have pillaged my predecessors, sometimes with acknowledgement, but often without». Por lo que se ve, hay ciertas prácticas que algunos se permiten pero que prohíben a otros.

Es igualmente rigurosamente falso que mi traducción coincida con la suya en multitud de pasajes, hecho que según el Sr. Alcina sería debido bien a que yo he plagiado la suya, bien a que ambos hemos utilizado la traducción de Caplan (1954). Es cierto que he consultado esta última traducción, excelente, por otra parte, al igual que he consultado la suya, como también lo hice con las de Menéndez y Pelayo (de 1882, no 1908 como dice Alcina), Bornecque (París, 1932, Classiques Garnier, no Collection Budé, como equivocadamente señala Alcina), Calboli (1969) y Achard (1989), algo que el Sr. Alcina evidentemente no ha hecho, en un caso (Achard) porque no la conocía pese a ser dos años anterior a la suya, en otros, porque las citas que hace de ellas son manifiestamente erróneas (Menéndez y Pelayo, Bornecque, Calboli). Prueba de que su traducción sigue fielmente la inglesa de Caplan (hasta el punto de que podría ser calificada como de simple traducción de ésta), es que llega a reproducir los escasos errores que ésta contiene (puede verse por ejemplo en la pág. 311 la traducción de *id, quod fit, ab eo, qui facit y quod facit, ab eo, quod fit* y comparársela con las de Calboli y Achard). Y aunque el Sr. Alcina achaca a la incuria de los tipógrafos las innumerables erratas que salpican su obra, tal vez una reflexión más serena e imparcial le habría llevado a admitir cierta parte personal en la responsabilidad de los numerosos errores que hacen inservible su traducción, entre otros

motivos, y no el menor, por la ausencia de numeración de los párrafos del texto de la *Rhetorica*.

Evidentemente no soy yo el más adecuado para calificar mi erudición, pero lo que sí es rigurosamente falso es que me haya limitado, como afirma el Sr. Alcina, a reproducir las notas de las ediciones de Calboli y Achard. Naturalmente nunca he pretendido que todo lo que en mi edición aparece (al margen, por supuesto, de la traducción) sea original mío. De hecho, explícitamente reconozco en la pág. 54 haber hecho uso de todos los comentarios y ediciones aparecidos sobre esta obra, en especial los de Kayser, Marx, Caplan, Calboli y Achard, así como de cuantos estudios sobre historia de la retórica clásica he tenido ocasión de consultar. No otra cosa hicieron esos mismos editores con respecto a quienes les precedieron. Por ello no creo tener necesidad de demostrar que una gran parte de las anotaciones de mi edición son originales mías y proceden de los más recientes estudios sobre retórica clásica. Basta comprobar las citas posteriores a 1987, año en que se cierra la edición de Achard. Cualquier lector interesado que conozca medianamente la teoría retórica clásica podrá fácilmente comprobar la diferencia entre mi edición y la del Sr. Alcina. De hecho, y sin que ello suponga excusa alguna por mi parte, mi trabajo contenía originariamente más del doble de las anotaciones incluidas en la edición final y sólo a petición de la editorial Gredos me vi obligado a reducir su volumen para que el libro pudiera aparecer tal como lo hizo.

Pretende igualmente el Sr. Alcina ridiculizar mi falta de rigor filológico por haber confundido *retorica* con *retorice*, junto con otras alusiones irónicas totalmente impropias del ámbito académico. En cualquier caso, y al margen de los inevitables errores que toda obra humana tiene (y si sólo fueran los señalados por el Sr. Alcina me daría por contento), probablemente hubiera hecho mejor guardando silencio sobre tan delicado tema para evitar tener así que comparar una obra con otra y llegar finalmente a la conclusión de que, al menos en este caso concreto, el rigor filológico del Sr. Alcina deja mucho que desear. Si bien no es este el lugar para hacer una cumplida reseña, que sería interminable, de los errores factuales que el Sr. Alcina ha perpetrado en su edición, como botón de muestra baste señalar que ninguna (!) de las seis ediciones de la *Rhetorica ad Herennium* que menciona en su bibliografía aparece citada sin errores, que incluye, entre otros hechos más graves, datos directamente falsos o incompletos (cf. nn. 25, 35, 43), citas inventadas (cf. n. 42 o 45) y autores inexistentes como un tal Leumann-Hofmann-Szantyr, que introduce sin explicación alguna referencias como *ANRW*, *CRF* o *RE*, incomprensibles para el público al que se supone que va dirigida la edición o, finalmente, que su traducción presenta inconta-

bles pasajes sin traducir (así, en las págs. 96, 108, 152, 165, 172, 178, 240, 252, 264, 270, 346 entre otros muchos), confusiones teóricas y terminológicas (*cf.* págs. 121, 136, 169, 237, 305), errores de traducción (*cf.* págs. 142, 159, 237, 305) e incongruencias lógicas (*cf.* págs. 250, 346) que sólo pueden llevar la confusión al ánimo del sufrido lector.

Ignoro los motivos que han podido inducir al Sr. Alcina a manifestarse de manera tan inicua sobre mi trabajo, aunque las sospechas siempre son legítimas, especialmente en el enrarecido ambiente universitario español. Pero aun admitiendo la libertad de cada cual para pensar y opinar lo que mejor le parezca, lo menos que se puede exigir de quien pretende hacer crítica académica es objetividad para describir los hechos, imparcialidad y honestidad para enjuiciarlos y coherencia y rigor entre lo que se dice y lo que se hace y, francamente, ninguno de estos requisitos aparece en la reseña del Sr. Alcina.

SALVADOR NÚÑEZ
Universidad de Salamanca